

XIII. LA DILACIÓN DEL GOZO

Agua pasada no muele molino.

Un ambicioso joven se propuso emplear la primera mitad de su vida en reunir un millón para disfrutarlo descansadamente durante el resto de sus días. Al efecto, resolvió sacrificar todos sus gustos en aras de este inquebrantable propósito y eliminar todo cuanto pudiera estorbarlo. Reprimió en el fondo de su corazón su apasionamiento por la música y contuvo sus aspiraciones a la belleza y el arte con esperanza de satisfacerlas cumplidamente cuando para ello dispusiera de abundantes medios.

Sin embargo, amasado ya el primer millón ambicionó otro más y quiso seguir trabajando hasta tener dos millones, que una vez alcanzados acrecentaron su pasión de tal modo, que ya no tuvo bastante con adquirirlo, y aunque resolvió detenerse allí y disfrutar de sus riquezas, muy pronto echó de ver que estaba bajo el azote de la ambición y persistió en sus afanes de mayor fortuna, sofocando los delicados impulsos de su naturaleza superior, hasta que, al fin, logró un día dar de mano a sus avarientos apetitos y se dispuso a gozar tranquilamente de su fortuna.

Pero muy luego advirtió que había perdido todo gusto por lo que le excitaba en su ardorosa juventud. Quiso viajar, y sorprendióse al ver que las obras maestras de arquitectura, pintura y escultura, en que tan deleitosamente había soñado, eran libros cerrados para su mente, porque sus facultades estéticas estaban tan atrofiadas, que ya no respondían a ningún estímulo.

Resolvió entonces rodearse de amigos que alegraran el resto de sus días; pero también el sentimiento de la amistad estaba atrofiado por falta de ejercicio, pues había sacrificado a sus amigos en aras del interés. En vista de estos fracasos se acogió a la música, su primer amor, creído de que aún lo conservaría, y fue a la ópera, con igual fracaso,

pues la falta de aplicación había amortiguado sus facultades musicales. Así pasó de una a otra diversión con intento de disfrutarlas, y pudo convencerse de que nada le satisfacía, ni siquiera los punzantes placeres de la vida disipada. Había perdido toda aptitud para el goce y su fortuna era un sarcasmo. Había sacrificado juventud, amistades, arte, salud, literatura y música y se encontraba como arañacielos devastado por las llamas, como viejo riquísimo, pero impotente para disfrutar de su fortuna. Tenía dinero y nada más. Esta especie de hombres lo son únicamente por la figura, pues las cualidades que constituyen la verdadera hombría, por las que es el hombre imagen de Dios, quedan consumidas en la lucha por el dinero.

Tiempo vendrá en que a estos opulentísimos egoístas se les trate como enemigos de lo más elevado, noble, delicado y puro de la vida humana. No siempre han de adorar los hombres el becerro de oro.

El único medio de ser felices consiste en aprovecharnos de las menudas ocasiones que nos va ofreciendo el curso natural de la vida. Si día tras día y año tras año diferimos nuestros legítimos goces hasta mejorar de posición o tener una fortuna, defraudaremos la capacidad de gozar en el porvenir y lamentaremos en la vejez no haber disfrutado de la vida tal como de día en día se nos presentaba.

Vemos algunas veces jóvenes entrados pobremente en la vida que durante años y años trabajan como negros sin darse el más leve gusto, absteniéndose de paseos, teatros, excursiones, libros y aun de cuanto pudiera acrecentar su cultura, por el afán de ganar dinero en espera de tener con él plena ocasión de divertirse. Pero les engaña el pensamiento de que al cabo del año mejorará la suerte de su vida; pues también al año siguiente, cuando esperaban darse algún regalo, les asalta la ambición de retenerse por más tiempo, y así van difiriendo de año en año los goces de la vida.

Llena está la América del Norte de gentes que, por ansia de riquezas, sacrificaron salud, familia, descanso, recreo, amistades y toda oportunidad de instruirse. ¿Que pago tuvieron? Miles de gentes son neurasténicos, fracasados, sin amigos ni hogar, y todo ello por ambición de acaparar mayor riqueza.

Algo tienen de espantosos los sacrificios que los norteamericanos hacemos y el precio a que pagamos nuestras fortunas. A menudo topamos con hombres que tienen dinero y no otra cosa. ¿Vale la pena de sacrificar lo mejor de la vida por adquirir unos cuantos miles de pesos? ¿Has reflexionado, hombre codicioso y egoísta, en lo que pierdes por el camino de las riquezas? ¿No echas de ver que mientras te afanas en sobrepujar en riquezas a tus émulos, estás perdiendo algo infinitamente más precioso? Justo es querer ganar y aun algo guardar; pero no atesorar afanosamente sacrificando nuestra vida para ello.

La naturaleza guarda inapreciables reservas y nos permite tomar cuanto necesitamos, con tal que satisfagamos su valor; pero muchas veces damos cosas muchísimo más valiosas en cambio de las que tomamos.

El hombre que sostiene el hábito de gozarse en placeres inocentes y dilatar e iluminar su vida con la audición de música selecta, la vista de raras obras de arte, el estudio de la naturaleza y la lectura de inspirados libros, será mucho más simpático que quien posponga todo goce de la vida a la acumulación de una fortuna. Nada más engañoso que la suposición de hacer mañana lo que pudimos y no quisimos hacer hoy.

Dice muy bien la señorita Muloch, en una de sus obras:

Nadie comprende su dicha hasta que la pierde y echa de ver que ya es demasiado tarde para hacer cuanto pudo y no hizo.

¡Cuántos pasan los mejores años de su vida absteniéndose de todo recreo, esclavos de sí mismos, en la más tacaña economía, con esperanza de disfrutar de todo más descansadamente en el porvenir! No debemos gastar en diversiones más que el sobrante de nuestro presupuesto, dedicándolo, después de atendidas las necesidades, al solaz y esparcimiento.

El gran secreto de la dicha es gozar de la vida según la vayamos pasando. Por ardua que sea nuestra labor, algo encontraremos en las experiencias cotidianas que dilate, amplíe y enriquezca nuestra mente. Cada día añadirá con ello una nueva apostilla de belleza y alegría antes de que sobrevenga el mañana, pues no es natural que una parte de la vida esté repleta de gozo y la otra parte quede árida y desolada.

Dice un moderno escritor:

Tanto me daría cazar mariposas por oficio como embotellar rayos de luna en previsión de noches nubladas, porque el único medio de ser feliz es recoger las gotitas de felicidad que Dios nos da cada día de nuestra vida. El niño debe aprender a ser feliz mientras se aplica al estudio; el aprendiz mientras se ejercita en su oficio; el mercader mientras amasa su fortuna, so pena de perder toda posibilidad de disfrutar cuanto hayan adquirido.

Cuenta una leyenda oriental, que un poderoso genio prometió valiosísimo regalo a una hermosa doncella si atravesaba un trigal, y sin detenerse ni retroceder ni ladearse lograra arrancar la mayor y más madura espiga, siendo la recompensa proporcionada al tamaño y lozanía de la que arrancase. Atravesó la muchacha el trigal viendo a su paso muchas espigas que invitaban a la siega; pero siguió adelante con la esperanza de encontrar una que a todas sobrepusiera, hasta llegar a la opuesta linde del trigal sin haber arrancado ninguna.

Esta leyenda pinta fielmente la conducta de muchos hombres, que dejan lo cierto por lo dudoso. En una noche oscura y en sitio peligroso vale mucho más una linterna de mano que doce estrellas.

El niño que va a la clase superior de la escuela primaria cree que será feliz cuando ingrese en segunda enseñanza; el alumno de instituto sueña en pasar a la universidad; el universitario anhela graduarse; el licenciado suspira por la bendita hora en que podrá ejercer la profesión, y el que ya ha empezado a ejercerla sólo piensa en ganar mucho dinero y edificarse casa propia; pero cuando esta ocasión llega, aplaza indefinidamente el goce de poseerla porque todo el tiempo se lo absorben los negocios y no puede ocuparse en realizar lo que tanto deseaba.

Sólo es feliz el hombre que sabe extraer la felicidad de las positivas condiciones en que se encuentra y no de las imaginarias e ideales. Quien haya descubierto este secreto no esperará que varíen las circunstancias ni demorará su dicha hasta el año próximo o hasta que sea rico, sino que sacará todo el partido posible de su situación actual.

Dice oportunamente el canónigo Farrew:

Si queremos ver el color de nuestro porvenir, hemos de buscarlo en nuestro presente. Si queremos mirar la estrella de nuestro destino, hemos de buscarla en nuestros corazones.

La mayoría de los hombres pasamos la vida con los ojos puestos en una lejanísima meta por cuyo alcance nos estropeamos los nervios. En nuestro camino debiéramos saborear las indescriptibles bellezas de cielo y tierra y las innumerables oportunidades de ayudar al prójimo en situaciones difíciles, de iluminar y embellecer las cotidianas vulgaridades de la vida; porque cuando, sin parar mientes en nada de esto, nos dirigimos al punto tomado por límite de nuestra ganancia, acaso obtengamos riquezas y tal vez hayamos satisfecho nuestra ambición a costa de todo cuanto ennoblece la vida, pero no habremos llegado a realizar nada útil ni nada bueno.

Por mucho dinero que tenga un rico, no podrán derivar sus goces de otra fuente que de las cualidades y facultades activamente ejercitadas durante los años de labor. Únicamente se verá feliz si fue bondadoso, considerado, justo y benéfico con cuantos le ayudaron a labrar la fortuna; si cultivó la amistad y el trato social; si fue probo y fiel en sus tratos y no hay ni un dólar mal ganado en su tesoro; si no derribó a otros al escalar la cima de su fortuna y supo fortalecer en su ánimo la benevolencia y la generosidad.

Suyo será lo que haya acumulado; pero la índole del goce dependerá de los hábitos contraídos y de las facultades educidas.

Por lo tanto, si durante veinticinco años estuvo un hombre alentando sus cualidades egoístas y deprimiendo las generosas, no espere que la mera posesión de una fortuna transmute de pronto su carácter y le capacite para gozar de lo que no puede gozarse sin la plena actualización de las cualidades superiores.

Dice un autor a este propósito:

Nuestra conducta respecto de los goces de la vida se parece mucho a la de la huertana con las grosellas. En cuanto abultó el fruto, pidiéronle sus hijos que les diera unas cuantas pero la huertana se negó, diciendo que todavía estaban verdes. Ya maduras, volvieron los chiquillos a pedir las para postres; pero la madre había resuelto guar-

darlas para hacer jalea, y cuando llegó la ocasión de cosecharlas quiso antes la huertana concluir una labor que traía entre manos, por lo que no pudo hacer la jalea a su debido tiempo, y al resolverse a ello, ya los ardores del sol, el picoteo de los pájaros y una brusca tempestad habían devastado el fruto.

Así procedemos con las bendiciones, alegrías y dichas que cotidianamente nos renueva la vida. Exclamamos a cada oportunidad: “¡Oh, cómo podría disfrutar de esto, si tuviese lo otro!” Y dejamos perder la ocasión de disfrutarlo. Esperamos el día en que podamos gozar plenamente de nuestra salud, nuestra casa y nuestros amigos; pero, ¿quién nos asegura que tras tantas dilaciones esté todavía el fruto en la planta?